

DANZA UNIVERSITARIA

Arnoldo Mora Rodríguez

Desde hace mucho tiempo tenía el propósito de escribir sobre "Danza Universitaria". Desde aquellos aciagos días en que mi esposa y yo recorríamos los pasillos del campus, suplicando firmas que acompañaran un pliego en el que se pedía al Rector que no cerrara "Danza Universitaria", como lo había anunciado, por razones presupuestarias. Como los días pasaron y las cosas parecieron arreglarse, me sentí satisfecho con haber contribuido con un granito de arena a la permanencia de "Danza Universitaria" y me olvidé de escribir. Sin embargo, el deseo me ha retornado con fuerza incontenible. La ocasión: el estreno de su temporada en el Teatro Nacional, el pasado 9 de marzo, con la coreografía "Gritos Escondidos".

Esa velada fue una noche de grandes emociones y hondos recuerdos. No sólo por los ajeteos ya mencionados y por la amistad que desde hace ya tiempo nos liga a Eduardo Torijano y a Lilliana Valle, a Rogelio López y a Martita Avila, sino por lo que significa para mí la danza como arte.

Durante mis cinco años de estudiante célibe en Europa, recorrí once países buscando arte. Visité cuanto museo se me atravesó en el camino; asistí con pantagruélica voracidad a cuanto concierto podía, recorriendo en cierta ocasión en



un destartalado auto más de trescientos kilómetros con tres jóvenes músicos norteamericanos, únicamente para asistir en Bonn junto al Rin, al Festival de Verano del Beethovenhalle. Me volví un asiduo asistente a conferencias de filósofos, críticos de arte y hombres de letras. Recuerdo una vez en que Salvador Dalí fue invitado a dar una conferencia sobre su pintura ante el Príncipe Alberto de Lieja. En un francés horrible comenzó a contar unas extrañas historias sobre "la gare de Perpignan", pero a la media hora el público se convenció de que Dalí estaba loco y hubo que suspender aquel galimatías surrealista...a pesar de los fines benéficos que el acto tenía.

Pero mis noches verdaderamente inolvidables fueron cuando asistí a las presentaciones de los grandes ballets del mundo: Maurice Béjard y su "Ballet du XXme siècle" interpretando en el Palacio de Bellas Artes de Bruselas la Novena Sinfonía de Beethoven o textos de Teilhard de Chardin, el Ballet de París interpretando en la Opera "Porgy and Bess" de Gershwin, el Coven Gaarden en Londres haciendo otro tanto con la Consagración de la Primavera de Stravinski, o un conjunto alemán en una coreografía de "Carmina Burana" de Karl Orff. En la Habana asistí una mañana entera con religiosa adminira-

ción a un ensayo de Alicia Alonso que, con tiránica disciplina, se preparaba ella misma y preparaba a sus pupilas para interpretar "La Bella Durmiente" de Chaikowski a fin de iniciar una temporada en el Palacio Garnier de París. En Moscú asistí a funciones del Bolshoi y del Khirov de Leníngrado. Hay una experiencia que nunca podré olvidar: aquella velada en el verano de 1977 en que el Bolshoi interpretó Giselle en el Palacio de las Convenciones del Kremlin. ¡No he sabido de nada más cercano a lo que los creyentes llaman "cielo"!

Siempre he sospechado que la danza es el arte más antiguo de la humanidad. Los antiguos mismos así lo creían. Luciano, escritor romano del siglo II antes de nuestra era, escribe: "Parece que la danza empezó a existir al comienzo de todas las cosas y fue traída a la luz junto con Eros" (Haskell, 1973). Las más recientes investigaciones etnológicas en torno al origen histórico y antropológico del arte así lo confirman (cfr. Eyot, Ives: Génesis de los fenómenos estéticos, 1980, pg. 67). Ya Watson, príncipe de los behavioristas norteamericanos, en las primeras décadas de este siglo decía que el origen del arte es el sentido del ritmo y que éste es adquirido por el niño durante el período fetal en que comienza a escuchar los latidos del corazón de su madre. El gran antropólogo francés Lévi-Strauss cuenta una experiencia suya durante sus investigaciones con tribus primitivas en el fondo de la Amazonía. Careciendo una etnia de instrumentos musicales, ponían a un niño de cerca de diez años a chocar dos piedras en forma rítmica, y esto

bastaba para que todo el grupo entrara en trance y danzara con frenesí.

La danza es el arte más popular. Todos los pueblos tienen el sentido de la danza, porque danzar significa para todos los pueblos celebrar. La danza es el domingo de los pueblos primitivos. Sólo hay danza cuando hay alegría colectiva. La danza es la fiesta de todo un pueblo, como hoy en los carnavales de Río, porque la danza es el triunfo de la vida, la apoteosis de la vida, la alegre experiencia de sentirse vivo. Danzar es amar la vida. El baile es un coito con la vida. La danza es la vida misma que ha adquirido plena conciencia de sí y del privilegio que en el Universo significa ser un viviente.

Cada una de las bellas artes constituye una experiencia particular de un sentido corporal. La vista es el órgano sensorial de las artes plásticas. El oído lo es de la música. Vista y oído lo son de las letras (poesía, narrativa, teatro). Sólo la danza abarca el cuerpo todo. Su órgano es la dermis y la epidermis, como el sexo. La experiencia corporal toda entera, músculo y esqueleto, constituyen el órgano de la danza. Vista (escenografía) y oído (música) son sólo medios y auxiliares para el músculo. Esto hace el carácter ambivalente de la danza, que es a la vez arte y deporte, musa y gimnasia, éxtasis y orgasmo, frenesí y contemplación, carne y espíritu, fuerza muscular e imaginación creadora. Como decía Voltaire, la danza abarca todas las artes, pues es a la vez teatro y música, poesía y artes plásticas. Por eso el ballet occidental nace junto con la ópera, es

decir, en la Florencia de los Medici a finales del siglo XVI. El humanismo, como totalidad del quehacer estético del hombre, está allí contenido.

A pesar de ser inseparables, nada más antitético que la danza y la música. La música es el triunfo del espíritu sobre la carne, la danza es el triunfo de la carne sobre el espíritu o, más exactamente, la sujeción del espíritu a las potencialidades de la carne haciendo de ésta una expresión pura de la imaginación, una mágica aventura de la forma que derrota la pesada carga de la inercia, haciendo que el cuerpo como cosa se convierta en acontecimiento estético (Cfr. Valéry, Paul: L'âme et la dance, 1923).

Pero si la danza es la imaginación que irrumpe en el músculo convirtiendo la rigidez de la materia en movimiento ingravido, su ligamen indisoluble con la carne ha sellado el destino de la danza.

La danza sólo triunfa en las culturas que tienen el sentido de lo terrenal, como dice Nietzsche. Por eso sería despreciada por políticos y sacerdotes que menosprecian el cuerpo. Las clases altas han debido aprender la danza del pueblo y sólo retornando a él han podido reanimar sus exangües ritmos. Por siglos la danza fue considerada pecado. Durante la Edad Media los ángeles en el cielo eran representados tocando música pero no bailando, a pesar del origen religioso de la danza según la Biblia. Para el clérigo medieval el baile sólo ocupaba un lugar en el infierno, pues los diablos y las brujas celebraban sus reuniones en frenéticas danzas noc-

turnas. El culto católico prohibió la danza. Solo hubo un pueblo que se rebeló e introdujo la danza en las celebraciones de los misterios católicos, el único pueblo que en Europa no cree incluso hoy día en la razón, ni en la ciencia, sino sólo en el arte. El único pueblo europeo que ha hecho del arte el sentido último de la existencia: Andalucía. Los andaluces celebraban las fiestas de la Eucaristía, el Corpus Christi, con procesiones mientras danzaban en torno al sacerdote. Por eso Andalucía es el único rincón de Europa donde no ha penetrado Descartes con su razón, donde no reina la racionalidad científica que tanto enorgullece a Occidente, sino la imaginación poética.

Quizás por eso la danza, más que ningún otro arte, está ligada al sentido lúdico del hombre. El sentido del juego es lo que liga al adulto con el niño. Si la poesía, al decir de Rilke, es lo que de niño conserva el adulto, la experiencia lúdica es la esencia del arte. La diferencia entre el adulto y el niño estriba en que para el niño lo único serio es el juego, mientras que para el adulto el juego es lo único no serio de la vida. Pero cuando el juego se nos convierte en cosa seria, en la única forma seria de expresar lo serio de la existencia, entonces la existencia misma se vuelve poética. Pero la poesía es palabra, mientras que el niño juega con todo su ser, es decir, con su cuerpo. Sólo la danza recupera la experiencia lúdica en toda su plenitud como vivencia onírica de nuestra corporeidad. La danza nos obliga a tomarnos en serio como seres encarnados. La danza nos recuerda la seriedad de nuestro ser corporal. Quizás por eso

los diversos maniqueísmos de la historia han menospreciado la danza alegando razones religiosas o ideológicas que, en el fondo, son lo mismo. Quizás por eso a la danza le ha costado tanto hacerse reconocer y aceptar como arte bello, a pesar de ser la primera manifestación estética del hombre. En la filosofía occidental tendrían los filósofos y teóricos de la estética que esperar hasta el genio iconoclasta de Nietzsche para reconocer en la danza la primera de las artes. En nuestro siglo, nadie ha escrito un ensayo mejor sobre la danza que el ya citado de Paul Valéry.

En nuestro medio, la danza sólo ha ocupado un lugar entre las manifestaciones artísticas importantes en tiempos muy recientes. De todos los grupos existentes, el más profesional es "**Danza Universitaria**", fundada y dirigida por Rogelio López, nuestro mejor coreógrafo. Su última coreografía: "*Gritos escondidos*" parece insinuar con su solo título la admirable tragedia de Ingmar Bergman: "*Gritos y Susurros*". Pero la similitud no es sino parcial. El gran cineasta sueco es un existencialista puro. Su obra es una búsqueda de la autenticidad de la existencia en la soledad de una conciencia herida de muerte por una culpabilidad sin redención. El universo estético de Rogelio López, por el contrario, es más cercano al realismo psicológico donde la soledad de la existencia sólo se redime, no por una experiencia metafísica y religiosa como en Bergman, sino por el éxtasis carnal de un amor auténtico. El erotismo no es el encuentro con Dios, como en Bergman, sino el descubrimiento de sí a través del

otro como otro, es decir, como lejanía cercana, como cálida epidermis, como presencia-en-la-angustia. La danza de López expresa una cultura urbana, como la escenografía de Eduardo Torrijanos lo supo captar adecuadamente mediante líneas simples casi abstractas, en que las figuras humanas constituyen adornos de un paisaje citadino, desolador en su soledad aunque autosatisfecho en su cotidiana monotonía. Rogelio López supo mantener un difícil equilibrio entre música, guiño escénico y formas plásticas sin que en ningún momento se perdiera la esencia misma del arte dancístico, es decir, la danza misma como espectáculo del músculo y el ritmo.

Rogelio López y su grupo han alcanzado un nivel profesional que les permite, a mi juicio, saltar a otros campos de creatividad. Me atrevo a afirmar que "**Danza Universitaria**" puede emprender la audaz tarea de iniciar una escuela nacional que supere lo folklórico. Para ello necesitan crear guiones inspirados en nuestra literatura y en nuestro acervo cultural anónimo (leyendas, tradiciones) todo dentro de una concepción moderna de la coreografía que evite el pintoresquismo, el costumbrismo demodé y asimile el choque cultural entre cultura urbana y tradición rural que viene dándose en nuestro medio. La conformación de un equipo de investigadores (antropólogos, historiadores, psicólogos sociales, músicos, etc.) es indispensable en la era de la interdisciplinariedad. El apoyo institucional y económico de la Universidad de Costa Rica también es necesario ¡Pero un grupo como "**Danza Universitaria**" se merece eso y mucho más!